

# Hilo Rojo

Lisbeth Vanessa Moran Cuastumal

Universidad Mariana, Especialización en Familia

Entrada la noche, María Mercedes se alistó para ir a descansar. En ese instante sonó el teléfono, era su madre que tenía de costumbre llamar al caer la tarde. Le comunicó que su hermano había sido sometido a exámenes de laboratorio. Por desgracia, el resultado era poco alentador. Algunas personas acudieron a acompañar y decidir qué hacer antes de que ocurriera una tragedia. María Mercedes empezó a recopilar pensamientos y sentimientos, desde su rol como mujer y desde lo que la academia le había enseñado.

Al día siguiente, una llamada tras otra. En casa no había solución, por ello, trasladaron a su hermano a la clínica. Pronto los médicos y las enfermeras de urgencias procedieron para salvarle la vida. La familia estaba consternada, era difícil tomar una decisión cuando la sugerencia era que había que intervenir de inmediato. Las últimas llamadas que recibió fueron de su padre y de su hermano mayor, les dijo: —primero Dios y luego las manos del médico que va a intervenir. Todo saldrá bien.

Al concluir la llamada, el llanto no cesaba y entró en un estado de letargo, apenas reaccionaba. Sintiendo que era la hora de su almuerzo, fue a buscar algo de comida y luego caminó por la ciudad, aun cuando la lluvia se veía venir. Durante ese trayecto, oró por su hermano y, al mismo tiempo, sentía que su cuerpo se desvanecía. Al entrar a casa se aproximó a la sala, cayó rendida en uno de los muebles, se abrazó en posición fetal y ahí permaneció invadida por el sueño casi por dos horas; el mismo tiempo que había durado la cirugía de su hermano. Entró la llamada de la tía, quien comunicó: —salió de cirugía, lo pasan a cuidados intensivos. María respiró y se sorprendió al enterarse de que el procedimiento que estaba programado para durar más de cinco horas, duró solo dos. Pensó: —esto debía ser una buena señal.

Una noche, regresó a casa y se dirigió a la habitación de su hermano. Allí encontró un baúl con papeles, algunos billetes viejos, facturas y varias notas; una de las notas se titulaba: El hilo rojo. De manera que agarró el papel, una vez más respiró y se dispuso a leer. Uniéndose en el relato, María sentía la voz de su hermano que decía:

Esto que me pasó, es decir, el acto de enfermarme, tiene que ver con todo lo que he experimentado desde antes de nacer. En cuanto estuve en el vientre de mi mamá, yo sentía todo lo que ella sentía y, en adelante, todo se fue acumulando en mi mente y en mi corazón. Pasé mi niñez jugando, recibiendo el cariño y, tal vez, la sobreprotección de mi mamá. Para ella, soy el último hijo; aunque por el lado de mi padre, aún no sé con exactitud qué lugar ocupó como hijo. Esto ha traído cierta inestabilidad en mi vida. De muchacho empecé a experimentar la vida, a conocer mujeres y atreverme a enamorarlas, porque con ese cariño, de alguna manera, lograba reemplazar el amor que me negué a recibir de mis padres. Cuando sentía vacío y poco reconocimiento por parte de mi papá, elegí infinidad de veces acompañarme de la bebida, casi permanente por varios años.

No lograba comprender que con esas acciones me estaba causando daño, y también hacia sufrir a mi familia, hermanos, hermanas, padres y tías. Por más consejos que recibía, por más regaños y llamados de atención, yo no podía salir de ese círculo vicioso en el que me encontraba, aún no sé si lo he logrado o si lo voy a lograr. En todo mi trasegar me encontré con varias personas, en especial mujeres, que unieron sus vidas con la mía, y de allí nacieron mis tres hijas: María José, Juanita y Ana Belén, desconociendo en este relato la existencia de otros hijos u otras hijas. Presiento que cada una de las personas han llegado para enseñarme algo, aunque en ese proceso también haya permitido que me lastimen; me he sentido frágil y en varias ocasiones accedí a acuerdos que no me beneficiaron. Una de las madres de mis hijas vivió conmigo por algunos años, mismos en los que el desgaste y el debilitamiento empeoró, yo fui necio en permanecer allí, me era tan difícil salir y decidir otro camino, uno más tranquilo y más amable para mí.

Un día, en compañía de otras personas de mi familia, di el primer paso para retirarme de ese tipo de vida que había traído y que no sumaba lo suficiente, porque me restaba los mejores años de mi vida. Luego fui deambulando y retorné a los lugares donde crecí, algunos días con mi hermano, otros días con mi tía y con mi papá y, al final, con mi mamá. El mal genio y, talvez, los sentimientos de rabia y frustración no se podían ocultar; ante los ojos de los demás, esa era mi característica. Había elegido dedicarme a las cosas del campo, ayudando también a mi hermano en sus ocupaciones de agricultor. Parecía que el apego con el aguardiente iba disminuyendo, al mismo tiempo, me fui encontrando con una nueva compañera. Ella quizás más humilde, hacendosa y menos vanidosa. Alcanzamos a compartir un techo, nos dimos la oportunidad de convivir cerca

de mi mamá. Así trascurrieron algunos meses, el mismo tiempo en el que mi vínculo con María José seguía siendo fuerte, pero también con la madre de la niña. Esto me mantenía atado y no supe como comprender que mi cariño de padre existe y debe existir para mi hija; a su mamá, mi agradecimiento por contribuir a darle vida, mas no para seguirme haciendo daño en una relación que, como he dicho, ya no suma.

Todo lo que he vivido a lo largo de mis 27 años, bueno y malo, se fue mezclando; hubo cosas y situaciones que no logré digerir a tiempo, me dediqué a pensar demasiado en vez de actuar, me llené de rabia, rencor, resentimiento y soledad, hasta llegué a pensar que no era importante para nadie. Entonces, mi cuerpo reaccionó, me fue alertando, y en lo necio que he sido no le quise prestar atención, los recursos se fueron agotando y mi cerebro fue quien tuvo que tolerar y resistir el conflicto tan grande que he traído conmigo mismo. También, debo decir que asumir este papel de salvador en la familia ha sido complejo, la mayoría de ustedes quizá lleva una vida más cómoda y apacible, sin tantos vicios como los míos; sin embargo, entre mis propósitos de vida, se encuentra servirles con amor, agradecerles a mis padres por darme la vida, y a los demás, por permitirme conocerlos.

La cirugía a la que me sometí fue compleja. Uno de los órganos más importantes y que dirige el resto del cuerpo fue intervenido para que sobreviva; sé que oraron por mí, que en nombre mío pidieron a Dios y a los santos por mi vida, y siguen pidiendo por mi sanación. Uno de los mensajes que recibí fue que primero están las manos de Dios y después la de los médicos, y así se ha cumplido. También, sé que ustedes hicieron alguna promesa, confiando que yo estaría de vuelta a la vida y, que paso a paso, con ayuda de la medicina y las terapias, llegaría mi recuperación. En medio de todo esto, sé que dan gracias porque en mi regreso a la vida, en mi volver a nacer, aún conservo las funciones básicas del cuerpo: respirar, caminar, sentir, reír, hablar, llorar, caminar...

Pero deben saber que hay algunas secuelas después de la cirugía, por eso necesito de su comprensión, colaboración y paciencia. Ahora mismo no me es fácil recordar todo lo que fue mi vida ni a todas las personas que estuvieron conmigo o que he conocido, por eso pido de su prudencia y calma cuando quieran contarme algo o sobre alguien. Sus oraciones siguen siendo importantes, cada plegaria llega y se trasmite, eso ayuda a mi sanación.

Es necesario para mí volver a aprender algunas cosas, y confío que cuando la persona indicada me vaya enseñando lo voy a recordar y lo voy a reaprender. Todo es un proceso que necesita tiempo. Es bueno para mí la presencia de mi

familia, de las personas con las que más he compartido en los últimos meses; mi hermano y mi compañera son las personas que más cercanas siento, lo mismo que mis padres y mi hija María José. Debo estar agradecido con cada una de las personas que ha estado pendiente de mi durante mi convalecencia, por no abandonarme en uno de los momentos más difíciles de mi vida. No cualquiera amanece con uno en la habitación de un hospital, eso es de gran valor. Solo confío que esta nueva oportunidad de vivir sea para retomar los caminos, de una forma más comprensiva, más tranquila; valorando mi cuerpo, mi pronta recuperación y sanación y a todas aquellas personas que están conmigo, quienes me han demostrado su amor y su cariño sincero.

Al ver que la nota finalizaba, las lágrimas caían por su rostro. María Mercedes agradeció la nueva oportunidad que su hermano en esta vida. Se dijo a sí misma, que todo esto sirva para nuestro aprendizaje, para orientar de mejor manera nuestro propósito en la vida, que cada cosa que hagamos tenga un sentido y sea por amor a nosotros mismos, por los demás y por todo lo que nos rodea.

He aquí el relato de un sobreviviente que atravesó el hilo rojo entre la vida y la muerte. Su cerebro volvió a estar activo para continuar escribiendo su historia.

# Horizontes *Literario*